

en Vuesa Merced á uno de los mejores caballeros andantes que en el felice tiempo de Amadís y en el de Febo hallarse pudieron en Grecia.»

Es de *caballero andante*.

Creo cumplido el propósito de este capítulo con lo que se ha transcrito. Añadir otras cosas sería fatigar prolija é inútilmente al lector. Si con las manifestadas no hay bastante para la persuasión de los entendidos, cuanto más dijere nada en realidad serviría para esforzar estas pruebas.

CAPÍTULO XVII.

Repeticiones de palabras del *Quijote* de Avellaneda en las obras de Alarcón. De todo resulta que la semejanza en todo es completa identidad.

Muy comun en los escritores es repetir algunas palabras ó frases favoritas.

Si en algunos esto sucede con alguna frecuencia, en Alarcón llega á un punto muy notable.

Merced á esta circunstancia puede presentarse una completísima prueba de haber sido el encubierto autor del *Quijote*.

Alarcón, como Alarcón, se copia y se repite de cien maneras. *Dar en Cantalapedra*, hacer las cosas *por razon de estado*, estar en los *brazos de Morfeo*, *ingrata fierra*, *batir con cera muros de diamante*, estar *en espía*, son frases que se encuentran más de una vez en sus comedias. Y se puede observar más: áun para escribir una pequeñísima dedicatoria del *Elogio descriptivo* al Duque Almirante se copió igualmente. Hé aquí la dedicatoria: «*Quien yerra obedeciendo no desmerece errando*. En esta confianza se atreve este papel á las manos de V. E. y con esa no teme las demás.» Cinco años antes se habia representado su comedia *La Amistad castigada*, donde se leen estos versos:

Perdonadme, si os parece
Que en deciroslo os ofendo;

Que quien yerra obedeciendo,
Errando no desmerece (1).

Alarcón era, si no en lo físico, á lo menos como escritor, otro Narciso: se enamoraba de sus pensamientos y frases, y no se satisfacía con presentarlos una vez, sino varias. Y si algun autor merece disculpa de este copiar y repetirse y aún prendarse de su ingeniosidad, es D. Juan Ruiz de Alarcón. Tenía que compensar, como consuelo, el propio reconocimiento de su gran imaginación é inventiva y el mérito de lo que pensaba y componía, en desquite de sus deformidades de cuerpo.

Examinemos, pues, á Alarcón copiándose en las palabras de Avellaneda.

Lleno está de exclamaciones semejantes á estas el *Quijote* de Avellaneda:

(CAP. XIV.)—«A mis costillas las dió *cuerpo non* de sus zarañelles.»

(CAP. XXI.)—«*Juro non de Dios* que diera cuanto tengo.»

(CAP. XXXIII.)—«*Juro non de Dios* que la tiene más grande que una rodela.»

Alarcón, en su comedia *Quien mal anda en mal acaba*, pone estos versos:

Bueno está: *voto no á Dios*,
Que por mis ojos los vi.

(1) Quevedo en el comento del *Elogio* se burlaba de este juego de palabras en esta forma: «Él es sólo el herrador; mas preguntémosle: Si le mandaron que *errase*, entónces tendría disculpa su yerro; pero mandalle escribir unas estancias y *errallas*, no es hacer lo que le mandaron, pues le dijeron que las hiciese buenas.»

Copia Avellaneda esta copla, diciendo, *ser curiosa aunque ajena*.

Sus flechas saca Cupido
De las venas del Perú,
A los hombres dando el *CU*
Y á las damas dando el *PIDO*.

En *El Semejante á sí mismo*, obra de Alarcón, hablando de que hay siete maravillas nuevas, Sancho el Gracioso pone entre ellas

Una mujer que *no pide*.

En *Los Favores del mundo*, Alarcón escribe lo siguiente:

—Bizarras las damas son.
—Diestras pudieras decir
En la herida del *pedir*,
Que es su primera intención.
Cífrase, si has advertido
En la de mejor sujeto,
Toda la gala en el *peto*,
Toda la gracia en el *pido*.

El Sr. Hartzenbusch notó que este retruécano escolástico, propio del tiempo de Alarcón, es por dicha muy poco común en sus obras. Aquí, sin embargo, copió lo de el *pido* de la copla que incluyó en su *Quijote*, y que debió tener muy en la memoria, cuando siendo ajena la cita.

Y no es esto sólo: en el juego de palabras del *PETO* y *pido*, ¿qué más hizo Alarcón sino copiarse en otro juego semejante que puso en el *Quijote*, cap. v? «Estas (las balas) hacen grande efecto al primero *ímpetu* y *asalto*.—Respondió Sancho: Señor, aquí no hay *PETO* ni *salto*.»

En el *Quijote* de Avellaneda se leen dos enigmas en verso. Recuérdese aquí que el doctor Cristóbal Perez de Herrera, estrecho amigo y escritor celebrado de D. Juan Ruiz de Alarcón, por aquellos días había escrito muchos enigmas filosóficos. En el *Quijote* se lee uno sobre el sombrero, enigma donde se encuentran estos versos :

Yo tengo de andar encima
Por ser, como soy, ligero.

En *No hay mal que por bien no venga*, Don Domingo de Don Blas, comedia de Alarcón, se halla lo siguiente:

Debiendo ser el sombrero,
Para no cargar, ligero.

Avellaneda habla del cuento que Cervantes pone en la primera parte del *Quijote*, acerca de la pastora Torralba y de un pastor su enamorado. ¿Cómo lo califica? Véanse sus palabras: «¿Saldránsos á moler con alguna frialdad á mí y á estos señores, como me moliste en el bosque... con la necia historia de Lope Ruiz, cabrerizo extremeño y de su pastora Torralba?»

Cómo califica Alarcón el pensamiento de la novela el *Curioso impertinente*.

—El que prueba á la mujer
Indicios de necio da.
—A la que es su mujer ya;
Mas no á la que lo ha de ser.—(CAP. XXXI.)

Avellaneda, hablando del libro de Cervantes, dice: «Por cuyos desdenes hiciste tan áspera penitencia en Sierra-Morena, como se cuenta en no sé qué anales que andan por ahí en *humilde idioma* escritos.»

Alarcón en *La Industria y la suerte*, dice hablando de Lope, segun cree el Sr. D. Luis Fernandez Guerra:

No como algun presumido,
En cuyos humildes versos
Hay cisma de alegorias
Y confusion de concetos.

Cervantes, en el cap. LIX de la segunda parte del *Quijote*, habla de la sortija á que Avellaneda hace asistir al héroe manchego, y la califica de *falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades*.

Una de las letras dice:

Della gozo; y me ha quedado,
Por ser tan única y bella,
Sólo el temor de perdella.

Alarcón, en su comedia *No hay mal que por bien no venga*, pone estos versos, que encierran el mismo concepto:

Nada me tiene afligido
Como ver que he de perder
A Leonor, despues de haber
Sus favores merecido.

En el *Quijote* de Avellaneda se introduce la novela el *Rico desesperado*, en la cual se lee lo siguiente:

Celebrad, instrumento,
El ver que no podrá el tiempo variable
Alterar mi contento
Ni hacerme con tus fuerzas miserable:
Pues hoy con regocijo
Me ha dado un ángel bello, un bello hijo.

En la misma novela repítese la frase:

«Fué tal la batería que le dieron las memorias del

bello ángel que adoraba, que totalmente estaba fuera de sí.»

En la novela de los *Amantes felices*, repite también la frase Avellaneda :

«Lamentándose lo más de la noche de la fortuna y de la triste hora en que había visto el *bello ángel* de la Priora.»

Alarcón, en la comedia *Mudarse por mejorarse*, usa de esta frase igualmente :

No quiero decirte aquí
Mi mucho amor, *ángel bello*,
Pues basta para sabello
Sólo saber que te vi.

En la comedia *Las Paredes oyen*, escribe estos versos:

—¿Cómo?— En un combate fiero
De celos, desden y amor,
Al ingrato como *bello*
Ángel que adoro escribí
Hoy un papel (1).

Recordando Avellaneda á Cervantes, escribe (capítulo xxx): «Y *quien lo contrario dijere, miente*, y es un bellaco.»

(1) En *El Desdichado en fingir*, dice Alarcón :

¡Oh más que santo papel
Que escribió un *ángel hermoso*!

Lope, en *La Noche toledana*, dice :

¡Oh qué *bello serafín*!

En *Los Ramilletes de Madrid*, cuenta de una dama,

Que es un *ángel* en belleza
Y en ingenio singular.

Alarcón, dice, en *Todo es ventura* :

Cuanto yo hago es bien hecho
Y *quien osare decir*
Lo contrario miente.

Obsérvese que ni el uno ni el otro citan á Cervantes en el soneto *honra principal de sus escritos* (1).

Avellaneda (cap. vii) dice: «A una moza gallega de una venta, hecha una picarona, que me brindaba por cuatro cuartos con los que sacó del vientre de su madre, llamaba á boca llena *la Infanta Galiciana*.»

Alarcón, en el *Exámen de maridos* :

Don Juan de Vivero :
Mozo, galán, gentil hombre,
Y en sus acciones compuesto,
Seis mil ducados de renta,
Galiciano caballero ;
Es modesto de costumbres.

En *La Crueldad por el honor*, escribe :

Aunque al patron *galiciano*
Os destineis, peregrino.

El adjetivo *galiciano*, por gallego, usábase, según Co-

(1) No hizo tal el maestro José de Valdivielso en su comedia divina de *El Ángel de la Guarda*; copia la frase, pero recuerda á Cervantes :

Ello está muy bien hecho; y voto á Herodes
Que *miente quien dijere lo contrario*;
Y le reto y le llamo á desafío,
Y como caballero de la Mancha,
Aunque en mi casa no ha habido ninguna,
Porque todas las traigo en la sotana,
Le espero, como el bravo *Don Quijote*,
En una empalizada de torreznos,
Caballero en un cuero sanmartino
Y con la taza en la derecha mano.

varrubias, para calificar cierto hilo (*hilo galiciano*). Esta extraña manera de aplicarlo á las personas demuestra ser una misma la que la habia escrito en una y otra obra (1).

En el *Quijote* de Avellaneda hallamos la palabra *prendas*, usada en especial significacion (cap. xv). « Y que forzosamente se la habia de cumplir (la palabra), casándose con ella, á que le obligaba la conciencia y las recibidas *prendas* de su honra. »

Alarcón repetidamente usó de esta palabra en la misma significacion especial.

En *La Industria y la suerte* :

Me resuelvo á ser la esposa
Esta noche y entregarle,
Para firmeza mayor,
Las prendas más importantes.

En *El Tejedor de Segovia* :

Dando á las *prendas* perdidas,
Por ser en vos empleadas,
Esperanzas engañadas
Y promesas mal cumplidas.

Avellaneda (cap. xii) escribe : « Oyeron en un pinar, á la mano derecha, una voz como *de mujer afligida*. »

Alarcón, en *La Manganilla de Melilla*, dice :

Acudid por esta parte,
Soldados, que voces suenan
De una mujer afligida.

(1) Covarrubias dice en el *Tesoro* : « *Gallegos*, los naturales de Galicia. *Hilo galiciano*, el que se trae de Galicia. » Ni la Academia, ni Terreros, ni otros diccionaristas incluyen en sus obras la palabra *galiciano*.

Avellaneda habla : « Quitate, Sancho, *no hagas paces* con gente infiel y pagana, porque los que somos cristianos no podemos *hacer con éstos más que treguas*. »

Alarcón dice en *La Manganilla de Melilla* :

Pues á Melilla marchad :
Treguas hago, que *no paces*.

Avellaneda (cap. xvii) : « Estando en el locutorio del convento un caballero llamado D. Gregorio, mozo *rico, galán y discreto*. »

Alarcón, *La Prueba de las promesas* :

Yo confieso que don Juan
Es muy deudo del Marqués
De Tarifa, y digo que es
Rico, discreto y galán.

En la novela el *Rico desesperado* hállanse, al tratar de la escena del soldado que sorprende de noche en el lecho conyugal á la mujer de Japelín y goza de ella por el engaño de creer ésta que es su esposo, pensamientos y palabras que se leen en la comedia *Ganar amigos*, cuando describe Doña Ana el acto en que se vió forzada por quien se fingió otra persona, ó el galán forzador discurre sobre el suceso con un su confidente.

Véase la exactitud de mis observaciones :

AVELLANEDA (CAP. XVI).

A todo le precipitó el vehementemente *fuego* y rabiosa concupiscencia en que se abrasaba... Consideraba el peligro, de la vida, que corria si acaso ella daba voces; pues á ellas era fuerza saliese el marido y se matasen el uno al otro... Todavía la gran

ALARCON.

Creció el apetito, el *fuego*,
El furor: lo mismo hiciera
Si la espada al cuello viera,
O el amor no fuera *ciego*.

ceguera rompió con todas estas dificultades.

Habiendo dado lugar á que otros piés violasen tu honrado tálamo.

Alargó la mano, y metiéndola debajo de las sábanas muy quedito, la puso sobre los pechos de la señora, que despertó al punto alborotada.

Do puso en ejecución su desordenado apetito.

¿Cómo es posible no echaras de ver que el que con tanto silencio se metía en tu honesto lecho.....

«Y aspira al tálamo honesto», dice Alarcón en *Mudarse por mejorarse*.

Corrida estoy no poco de ver no lo esteis más de lo que estais, de haber tenido atrevimiento de llegar á mi cama esta noche... si bien doy por disculpa á vuestro silencio el justo empacho que os causó el atrevimiento.

Imaginando el delito que había cometido.

Calderón, en su *Alcalde de Zalamea* y en *No hay cosa como callar*, pone y describe parecidos sucesos; pero no recuerda algunas palabras y ciertos pensamientos, como

(1) *Registro* dicen las impresiones; pero es errata. La frase sería impúdica, y absurda, pues la dama se resistía.

Antes creí
Que alegre tálamo
Diera al Marqués.

Vime en sus brazos,
Toqué marfiles bruñidos.

Yo á su apetito ciego
Culpo humilde, resisto (1) va-

[lerosa.

El robador, en la tiniebla oscura,
Llegó á mi honesta cama.

De sus brazos apenas
Sentí el inusitado atrevimiento.

Y ya determinado
Para el delito horrendo.

acontece á Alarcón con Avellaneda (1). Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, en su novela *El Español Gerardo*, también cuenta un hecho semejante; pero tampoco reproduce pensamientos y palabras del falso *Quijote*. Y esto ¿en qué consiste? En que Alarcón y Avellaneda eran una misma persona, y en que involuntariamente usaba de idénticas voces ó frases al tratar de hechos semejantes, cosa muy fácil, y sobre todo frecuente en muchos escritores.

En el *Quijote* de Avellaneda se lee (cap. XII): «Entre Don Alvaro Tarfe y el mismo Secretario había concierto hecho de traer aquella noche á la sala uno de los gigantes que sacan en Zaragoza el día del Corpus en la procesion, que son de más de tres varas en alto; y con serlo tanto, con cierta invencion los trae un hombre solo sobre los hombros» (2).

Alarcón repite este pensamiento de explicar lo que todos saben de que esos gigantes van movidos por un solo hombre, sirviéndole para comparación.

Culpa á un ruin con oficio,

(1) Calderón copia la idea de terminar un acto con el intento de forzar una dama en la escena (*No hay cosa como callar*), pensamiento tomado de *La Cueva de Salamanca* de Alarcón. De las palabras y de los pensamientos que se citan sólo hay la de atrevimiento en *El Alcalde de Zalamea*, y la de fuego en *No hay cosa como callar*. Esta última es en relación de un incendio, de que había sido salvada la heroína. Por eso dice:

Y no permitais que vaya
A dar de un fuego á otro fuego.

(2) En el capítulo xxxiv dice Avellaneda: «Estaba ya prevenido el secretario de D. Carlos, de uno de los gigantes que el día del Sacramento se sacan en la procesion en la corte.»

Que con el poder soberbio
Es un gigantón del Corpus
Que lleva un pícaro dentro,

dice en *Los Pechos privilegiados*.

En el capítulo último del *Quijote* de Avellaneda se lee, tratándose de quedar el héroe manchego en la casa de los locos de Toledo :

«Y estando algo sosegado (Don Quijote), despues de haberle encomendado el paje del Archipámpano á los *mayordomos* de la casa con notables veras, y habiéndoles dado para más obligarles alguna cantidad de reales... y áun visitó y *regaló* á Don Quijote... y obligó con no pocas dádivas á que hiciese lo mismo á los sobrestantes de la casa.»

Alarcón, en *El Desdichado en fingir*, dice, tratándose de un recluso en una casa de dementes :

Tu vida importa y la mia
Que prosigas tu locura.
Aquí estarás *regalado* :
¿No lo has sido estos dos dias?
Y en cuenta dos joyas mias
Al *mayordomo* he enviado.
— Bien se ha portado conmigo.

El amaneramiento y las repeticiones de palabras son exactísimamente iguales en Avellaneda y Alarcón.

En un pasaje de cincuenta y dos líneas (edición de la *Biblioteca de Autores Españoles*) se lee lo siguiente (capítulo XVII) :

Deseosísimo de mostrar su voluntad.
Descubriple muy de propósito su infinito *deseo*.
Dióle la *deseada* respuesta.
La ocasión que se le ofreció de explicarle su *deseo*.

Dentro de una hora me veo con las *deseadas* flores.
Todo aquello que para el fin *deseado* vale poco.
Que es lo que más *deseo*.

En noventa y cinco versos seguidos del *Tejedor de Segovia* se encuentran idénticas repeticiones.

Esta amorosa pasion
En que se abrasa el *deseo*.
Mucho hice, pues allí
Puse en prision *mi deseo*.
La mujer que dentro está
Es ya reina en *mi deseo*.
Pues áun viniendo á buscarla
Pisa medroso el *deseo*.
O he de lograr *mi deseo*,
O he de perder el sentido.

En sesenta y dos versos seguidos de *La Cueva de Salamanca* hallo otras repeticiones de la misma palabra :

Nada queda que espere *mi deseo*.
Pues mucho más me aflige *mi deseo*.
¿La ejecucion me vendes del *deseo*?

Dejemos las voces *deseo*, *desear* y *deseado*, y pasemos á la frase *mi bien*, como invocación amorosa.

Avellaneda, cap. XVI : « En verdad, *mi bien*, que si no lo recibís por enojo.»

¡Ay esposa y *bien mio*!
¡Señora y *bien mio*! si tú no estás en el cielo.

Alarcón, *La Cueva de Salamanca*; en setenta y cuatro versos seguidos :

¡*Bien* de mi pensamiento!
¡Ay, *mi bien*! ¿qué te espantas?

No te aflijas, *mi bien*, pues que te veo.
 Menos, *mi bien*, te pido.
 Para verme, *mi bien*, más obligado.

Mudarse por mejorarse; en doce versos seguidos también :

Di que sí, *mi bien*, si quieres.
 Pero, *mi bien*, por venir.

Mucho más pudiera notar aquí; pero ya ¿con qué objeto? La prueba está consumada.

No es semejanza lo que hay en el ingenio de Avellaneda, sino completísima identidad.

No puede proceder de unas coincidencias casuales todo ello. Convengo en que haciendo parecidas investigaciones en obras dramáticas del siglo xvii, sea fácil ó no dificultoso hallar tal ó cual imagen ó tal cual frase parecida á todo lo que se ha notado. Pero hallar, por ejemplo, en el teatro de Lope, de Montalbán, de Moreto, de Calderón, de Rojas, hablo de cualquiera de ellos, todo lo que he encontrado en el de Alarcón relacionado con el *Quijote* de Avellaneda, y ya no sólo todo, ni una mitad siquiera, es cosa absolutamente imposible.

Y esto ¿qué prueba? Que Avellaneda y Alarcón fueron una persona misma.

Comprendo que en Alarcón se lea un verso aquí, de Garcilaso, allá otro de Lope, más allá otro de Góngora: esto nada significa. Pero que copie de tal suerte el libro de Avellaneda no ha podido ser sino por dos causas :

Ó Alarcón tenía por cotidiana lectura *El Quijote* tor-desillesco, y lo sabía tan de memoria hasta el extremo de sin advertirlo copiar de él pensamientos y frases; ó fué

el autor de aquella obra, haciendo caprichosa ó involuntariamente reproducciones de lo que le pertenecía, como las hizo de algo de unas de sus comedias en otras.

Lo primero parece totalmente absurdo, por tratarse de un libro que no alcanzó en su tiempo el menor concepto.

Queda, pues, firme y subsistente lo segundo, como la única conclusión conveniente.